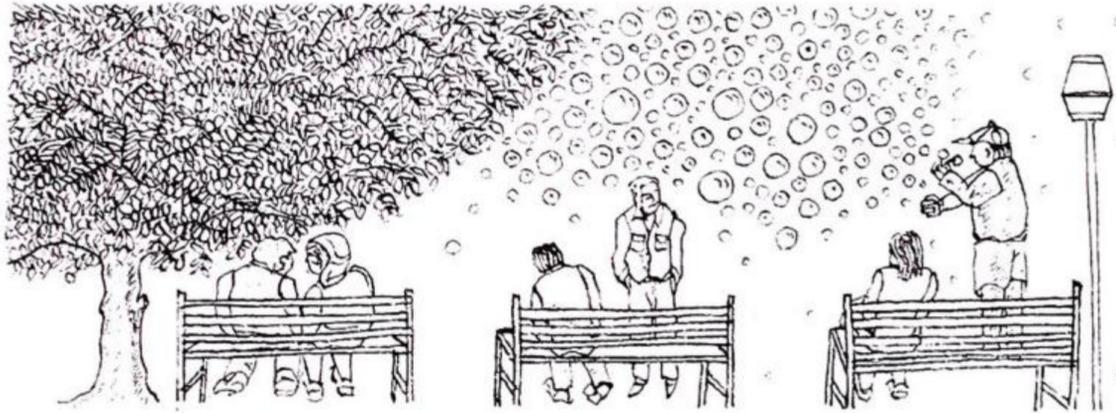


intelectual de diversos países. Que, además de su excelente narración, muestra la personalidad de valiosos y controvertidos personajes, tales como el Che Guevara, Fidel Castro, François Mitterrand, Julio Cortázar, Juan Goytisolo, Marvel Moreno, Mercedes Barcha, entre otros.

ra. Un libro que forma parte de la historia de la literatura colombiana. Porque, a pesar de todo lo dicho contra el culto a la figura, para nadie es un misterio (y es también una perogrullada) que el autor existe y es vano esconder u omitir su existencia, las secuencias de su vida que lo

día de agosto de 1918, tras una andanada contra Marco Fidel Suárez. Nadie, que yo sepa, la comentó cuando se publicó y, lo que es más sorprendente, no se encuentra en esta edición, que, como la anterior, consta apenas de fragmentos de un diario que debe de ser no menos extenso que deleitable. Y eso no es todo, porque por aquí en alguna parte el autor se refiere a diez volúmenes de memorias que abarcan toda su vida hasta el momento de comenzar el diario junto con el nuevo siglo. Ignoramos si se trata de la misma *Historia de mis libros*, con diez volúmenes de anotaciones que, según el propio autor, estaban en poder de sus editores desde 1913. ¿Qué se hicieron?, nos preguntamos. Aunque no sería tan grave su desaparición si atendemos a que nos dice también que sus verdaderos libros se inician con *Ibis*, en 1899, y que lo anterior es apenas “literatura y política de Selva, época prevargasviliana, que llamé yo”.

Hace años vengo recopilando una antología de insultos y blasfemias de Vargas Vila y del “Indio” Uribe, los dos mejores panfletarios que nunca tuvimos. “El Panfleto, ha sido mi Dominio y he logrado hacer del Panfleto una Obra de Arte”, dirá en el *Diario*. Es bien conocida, además, la opinión de Borges en *Arte de injuriar* (1933) que se encuentra en *Historia de la eternidad* (1936): “... la injuria más espléndida que conozco: injuria tanto más singular si consideramos que es el único roce de su autor con la literatura. *Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo, muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia.* Dishonar el patíbulo. Fatigar la infamia. A fuerza de abstracciones ilustres, la fulminación descargada por Vargas Vila rehúsa cualquier trato con el paciente, y lo deja ileso, inverosímil, muy secundario y posiblemente inmortal. Basta la mención más fugaz del nombre de Chocano para que alguno reconstruya la imprecación, oscureciendo con maligno esplendor todo cuanto a él se refiere —hasta los pormenores y los síntomas de esa infamia”.



Discrepo de quienes señalan este libro de chismoso e intrascendente. Además de reiterar mi impresión de que está inflado en su volumen físico por su diagramación injustificada, creo que el texto es coherente y sólido en su idea de mostrarnos a un García Márquez hábil, locuaz, astuto políticamente, tenaz, incansable, de un humor y una paciencia indoblegables, el mejor amigo de sus amigos, trashumante, y, por supuesto, un genio de la literatura.

Es verdad que, sin remedio, el libro entra en esa miríada de textos producidos alrededor del creador de literatura más publicitado desde hace muchos años por los medios de información en América Latina y tal vez en el mundo, pero también es cierto que este texto guarda visibles diferencias con muchos de aquellos, sobre todo en la calidad literaria y en el confiable origen de la fuente. A todas luces, el autor no pretende dejar en el libro un rastro de la obra literaria de García Márquez, ya que, como se dijo, *El olor de la guayaba* presentaba ya esas características. *Aquellos tiempos con Gabo* es el capítulo que se adivinaba detrás de bastidores del libro de entrevistas. Una deuda que Apuleyo Mendoza pagó con creces, aun bajo el peligro de acrecentar el mito. O de aprovechar su cercanía al mito para hablar de sí mismo. De cualquier manera, es un libro de recomendable lectu-

racen cercano a su lector, nombrable de manera familiar. Además, como en este caso, en un buen seguimiento y en un respetuoso acercamiento a dicha figura de carne y hueso, se encuentran también claves, cómo no, de la obra.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

### “Este diario es el libro que habrá de sobrevivirme”

José María Vargas Vila

*Diario (de 1899 a 1932)*

Edición a cargo de Raúl Salazar Pazos  
Ediciones Altera, Barcelona, 2000,  
217 págs.

“Fuera de Colombia la mediocridad es un accidente”.

Esta frase, la más lapidaria que nunca leí en contra de una nacionalidad, es hoy por hoy el mayor recuerdo que guardo de la lectura de algunos apartes de este libro, cuando fueron publicados por vez primera con el título de *Diario secreto* (Arango Editores, El Áncora, 1989). La frase fue escrita por Vargas Vila —sin ningún reparo— en un cálido

El párrafo de Borges merece algunos comentarios. El primero es patético: el poeta peruano murió miserablemente asesinado en un vehículo de servicio público, antes de la publicación del libro de Borges, con lo cual se aproximó un tanto al destino que le deparaba el feroz colombiano. Por otra parte, es muy probable que Borges no haya tenido el placer de conocer otros muchos insultos del colombiano, pues, si por ventura se atrevió a mirar alguna vez las primeras páginas de alguna de sus novelas —por entonces muy populares—, habrá salido espantado de aquel erial para no retornar jamás a su lectura. Sin duda habría disfrutado leyendo algo más que ese “único roce de su autor con la literatura”. Pero la verdad es que hubo otros muchos, aunque siempre roces, como agujas en un inmenso pajar desolado. Para no ir muy lejos, Vargas Vila escribió a propósito del mismo Chocano: “Tiene la inmunidad del excremento. Nombrarlo en una mesa es una inconveniencia”. Además, ese rehusar “cualquier trato con el paciente”, que señala Borges, es la característica primordial de los buenos infundios. La mayor parte de las veces, visto a la distancia, el ataque de Vargas Vila era merecido; iba dirigido contra aventureros, farsantes, esos mediocres impostores que prodiga cada época y que con escasa inteligencia medran en los mundos de la política y de las letras. Vargas Vila se encargaba de que sus diatribas estuvieran por encima del nivel de entendimiento del insultado, acaso porque “hay imbecilidades que superan todo pesimismo”, como escribiría en el *Diario* en 1917.

Buscar las agujas en el pajar, por no decir estercolero, es la labor que me he impuesto desentrañar en ese más de un centenar de obras (más de treinta novelas y de setenta libros de todo tipo) que fueron, bien contadas, como dice Cruz Kronfly, “cien cuchilladas al cuello de algo o de alguien”. “Vampiro”, lo llama Jaramillo Zuluaga. Lo cierto es que este *Diario* me ha dado un inmenso campo de trabajo, pues contiene

una inimitable variedad de “perlas”, la mayor parte de ellas injuriosas y —no pocas de ellas— dignas de memoria.



Comenzaré transcribiendo algunos de los insultos que campean en estas páginas. Quizá el mejor es ese maravilloso que dedica a Balmes: “Lo hallé tan absurdo, que tuve necesidad de rebatirlo”; y luego agregará como para dar el puntillazo: “yo podría decir que Balmes me hizo ateo”. De Ortega y Gasset dice que es apenas un “Einstein con boina”. Del hoy olvidado Zumeta aduce: “Lo peligroso no es tirarlo del cabestro, sino del rabo... tiene la manía de cocear”. La emprende a menudo contra el clero, así sea desde milenios de distancia. Dice, por ejemplo, de san Agustín: “Me sucede con este Obispo altisonante lo que con Rousseau: me fatiga con su pompa, más que otros con su sandez”.

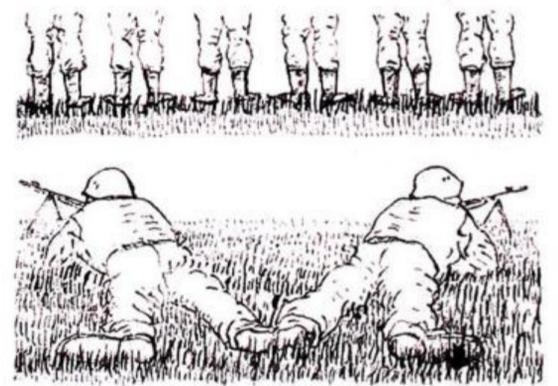
Pero no se crea que siempre se dirige contra la Iglesia. Vargas Vila la emprende contra lo que sea. Un hombre que se limpia las uñas, dice, no es un filósofo. Nos recuerda aquello que dijo Luciano y que recordó Schopenhauer, que Sócrates tenía una gran barriga, lo cual no pertenece precisamente a los signos del genio. Insulta hasta a Voltaire, y a veces por partida doble, como cuando arremete contra “aquel Lacayo Olímpico que se llamó Wolfgang Goethe, el cual, si no anuló el genio de Voltaire, sí logró emular y superar su servilismo”.

Otro gremio contra el que enfila sus dardos es aquél al que llamo “la catterva de los susceptibles”. Hay personas que insultan pero también hay personas que se sienten insulta-

das sin que nadie las haya insultado. Son los susceptibles. Digamos que llevan el insulto dentro de ellos, como una segunda piel lista a salir a flote en cualquier momento.

Pero también la emprende contra las instituciones, las entidades ideales, los países, las ciudades... La Bogotá de su infancia era en 1884, cuando la abandonó para siempre, “una ciudad absolutamente bárbara en asuntos de arte”, “un poblado de cuarenta mil almas escasas, frío y desapacible, extremadamente sucio, nido de todas las epidemias, especialmente la del fanatismo religioso [...] cuando yo dejé la ciudad, continuaban en ser aquellas riberas un estercolero público, que recordaba las callejuelas asquerosas de Tángar”.

Hasta el arrepentimiento por los insultos resulta devastador. Es un hombre pleno de lucidez cuando dice, en 1915: “Consumí mi juventud, combatiendo hombres y partidos que no valían la pena de mi esfuerzo, y muchos de ellos, no vivirán en la historia, sino por el ultraje que yo les hice”. Y los remata a todos, cuando llega a lamentarse por haberlos insultado: “¡Ay! yo hice la mitad de los hombres que perseguí... ellos no viven sino por mis dicterios... mi pluma los inmortalizó... ¡triste revancha de haberlos querido pulverizar...!”.



Es preciso que regresemos, para ilustrar un tanto al lector, a la triste y cándida historia de esta publicación... Y es que, no menos que el *Diario* en sí mismo, es muy interesante la presentación hecha por el cubano Raúl Salazar Pazos. Los editores han puesto una contrasolapa al libro que se refiere, espectacularmente, a las extrañas relaciones entre García Márquez y Vargas Vila,

una historia tan apasionante como siniestra. Y bueno, se trata en realidad de una andanada contra el régimen de Fidel Castro, una historia de cárcel y de tortura que habría sufrido Salazar Pazos por cuenta del único ejemplar de este *Diario*. Salazar Pazos era el dueño del manuscrito, que Vargas Vila dejó en herencia a su hijo adoptivo, el venezolano Ramón Palacio Viso, con encargo de publicarlo, cosa que éste jamás hizo. En 1965 estaba en manos de su heredera, Georgina Palacio, cuando Salazar Pazos se lo compró a ésta. El régimen de Fidel Castro se habría dado cuenta un día de la importancia histórica del manuscrito y primero intentó dar dinero por él y luego simplemente lo incautó y Salazar Pazos fue, sin saber bien cómo, a parar a la cárcel. Su situación se habría complicado hasta cuando, a cambio de la entrega del manuscrito, las autoridades le habrían permitido salir de Cuba. Pero, como en una buena novela, Salazar Pazos habría conseguido sacar de Cuba unas fotocopias clandestinas, que son las que ahora publica en Barcelona.

pulsivo como el propio Vargas Vila (o un gran publicista, que también cabe) o es en realidad la gran víctima que se autoproclama y dice la verdad. No obstante, lo que sí es indudable es su tono polémico y camorrero que se advierte en los ataques contra Consuelo Triviño y su edición de 1989, que según Salazar Pazos es una especie de robo a sus derechos de autor en la que destaca “el tono servil y el tufillo policíaco que emanan de las palabras de la señora Treviño”, quien en su edición califica a Salazar Pazos de “oportunista”.

Ahora bien: las dos ediciones son totalmente distintas, lo que ilustra la riqueza de lo que debe quedar todavía sin publicar. Salazar Pazos, por cierto, dedica la mayor parte del libro a la primera parte del *Diario*. Y Consuelo Triviño a la segunda. Pero, al igual que la de Consuelo Triviño, ésta no es más que una selección, muy breve, a juzgar por lo que nos cuentan de los papeles, y es una demostración palpable de que, a un siglo de distancia, el prestigio de Vargas Vila sigue siendo suceso editorial y vendiendo libros.

res que andan, de cadáveres que mienten... eso es la vida”. En Salazar, “la Pálida Traición” ¡pertenece a la frase anterior!

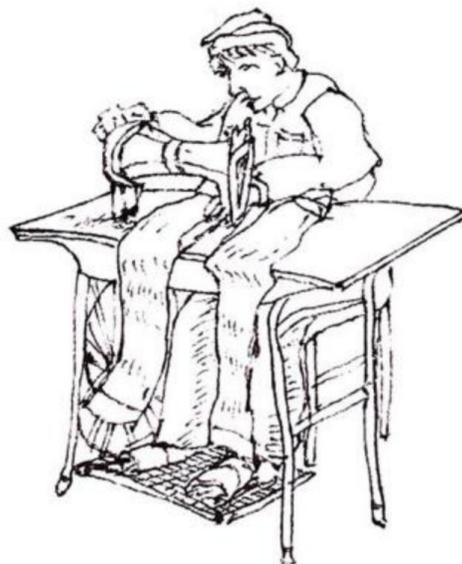
Por otro lado, es difícil ordenar las fechas y no hay un índice que guíe al lector: no es en estricto sentido un diario sino una especie de “mensuario”, y tanto esta edición como la de Consuelo Triviño no ayudan en nada al lector con menciones de cuál sea el año en curso, en algún lugar de la página, de modo que el lector que busque fechas particulares se encuentra en aprietos.

\* \* \*

Pero aparte de esos detalles molestos, el libro es toda una fiesta. El *Diario* o *Tagebücher* ilustra la otra cara de Vargas Vila. Sus admiraciones, que también las tuvo, y su contribución como pensador o moralista, que la historia, por desgracia, ha olvidado por completo. Vemos aquí que Vargas Vila admiraba a Louis Blanc, el gran historiador, una admiración varias veces repetida; a Chateaubriand, con justicia, a Joseph de Maistre, a Lamartine, a Michelet, a Joseph Joubert, el “místico y tan falsamente cándido Joubert”, al filósofo Maine de Biran, sin ahorrar de paso el insulto a “la prosa mazorrada de Thiers, y su alma de portera mentirosa”... También están entre sus admirados, desde luego, Hugo y D’Annunzio (Neruda diría alguna vez que Vargas Vila fue “el más aparatoso y revolucionario de los seguidores de D’Annunzio”). Y en su gusto por ciertos escritores, está desde luego Rubén Darío y el emocionante encuentro que tuvieron, que no elude el ataque a algunos, “sus edecanes adventicios, mitad lacayos, mitad amigos, que se adhieren a él para subutilizarle los dineros”; en su nota necrológica del poeta dice que Darío no ha muerto sino que se ha acabado de morir, puesto que llevaba diez años cargando el “cadáver de su genio”. Igualmente, la muerte de Rodó, a quien admiraba, le da pie para esta perla: “Los españoles lo habían leído muy poco, pero lo admiraban; a pesar de esa admiración, él valía mucho”.

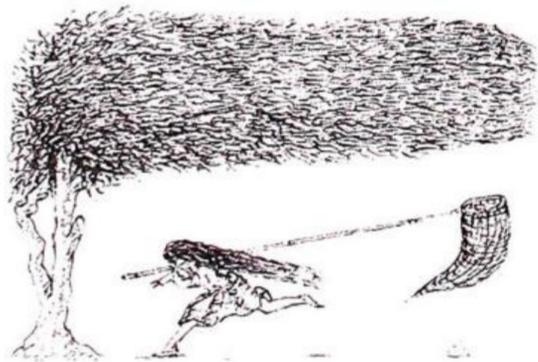


Ahora bien, estrategia comercial, o verdad de a puño, Salazar le echa la culpa a García Márquez por un presunto silencio cómplice en todo el sórdido asunto. Mi impresión muy personal es que la historia entera tiene un aire —y que me disculpen si me equivoco— de farsa, pero muchas veces la realidad se parece demasiado a la farsa. Una de dos: o Salazar Pazos es un mentiroso com-



No obstante, es increíble que los editores se jacten de respetar la ortografía del escritor, o sus galicismos. Lo preocupante es que renuncian a lo que creen es un derecho propio, porque el problema se inicia cuando sin reparo se calumnia al escritor y, lo que es más grave, se hacen transcripciones infieles al manuscrito. En Triviño, por ejemplo, se lee: “La pálida traición, un carnaval de cadáver-

Pero la gran presencia, la presencia esencial aquí, si no me equivoco, es la de Federico Nietzsche. Y es tarea difícil pero no imposible, y sí muy grata, la de desentrañar la verdadera dimensión nietzscheana de la obra de Vargas Vila. El colombiano es un autor de frases, ¡y de qué soberbias frases! Como Lichtenberg, como Joubert, como Chamfort, como Vauvenargues, prodiga aforismos a todo lo largo de sus libros. Y es que Vargas Vila a menudo en su tiempo fue comparado con Nietzsche; un periodista ecuatoriano, lo cuenta el mismo *Diario*, concluyó que con el filósofo alemán lo emparentaban las mismas aberraciones mentales y que entre sus ancestros no se encontraban más que locos y suicidas. Por doquier está aquí “el aliento de Nietzsche (que se percibe hasta en el mismo título, *Tagebücher*, del *Diario*, en recordación de Hebbel), y el alcanfor de D’Annunzio”, como escribe Fernando Cruz Kronfly. Afirma que la lectura de Nietzsche es un gran reconfortante, algo así “como una gimnasia del Espíritu”. Lo cierto es que al alemán y al colombiano los emparentan demasiadas cosas, no la menor de ellas una misoginia disfrazada de complejo de superioridad. Afirma Vargas Vila que Dios “es un compañero que no hace mal a nadie, y menos a las mujeres” y que “la palabra, en boca de las mujeres, no vale sino por su música; desde que ellas tratan de dar valor a sus palabras, las hacen insoportables... ¿quién diría la línea imperceptible que separa el alma de una mujer del alma de un pájaro?”.



No otra cosa encontramos en Nietzsche: “La mujer no es todavía capaz de amistad: gatas y pajarillos son todavía las mujeres, o, a lo

sumo, vacas”. (*Zarathustra*). Pero hay aquí alguna frase digna de recordación, como ésta, que es memorable, así sea como exabrupto: “Se dice que Nietzsche calumnió a las mujeres porque no las conocía; si las hubiera conocido las habría pintado fielmente; y entonces... desgraciadas de ellas”. Con saña dirá de Emilia Pardo Bazán (en otro aparte que no está en esta edición) que “era clásica, fanática, retardataria, llena de prejuicios y de aberraciones mentales, como corresponde a su sexo”.

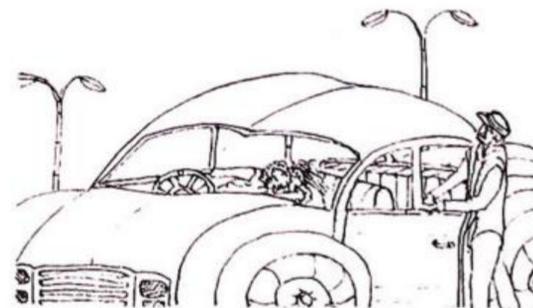
En fin, a Nietzsche y a Vargas Vila los apartan no la fama, que ambos gozaron (de hecho Vargas Vila fue en vida más famoso que Nietzsche), sino la nacionalidad. Si alguien escribe así en Alemania lo llaman el gran Nietzsche. Si lo hace en Colombia, lo llaman el pobre Vargas Vila.

Estoy seguro de que la vida de Vargas Vila da para escribir un libro extraordinario. Por lo demás, su importancia histórica es decisiva. Como ha anotado Germán Arciniegas, durante mucho tiempo se conoció a Colombia exclusivamente por Vargas Vila. Entre los que lo admiraron, que fueron muchos, baste mencionar a José Martí, quien le prodigó este elogio: “Mi honor más grande es haberle parecido útil y bueno”.

Pero al mismo tiempo hay prejuicios fundamentales ante cualquier acercamiento a Vargas Vila, alimentados por la multitud de leyendas que lo rodearon, como la de aquel campesino que mató a otro por haberse atrevido a afirmar que Víctor Hugo era más grande que Vargas Vila, o la moda de arrojar al salto de Tequendama que pocos saben que se inició tras la lectura de *Ibis*, esa especie de *Werther* tropical, en todo caso menos ridículo que el ton-tarrón alemán aquél que se suicida porque no se atreve a hablar a una mujer.

Entre esos prejuicios, todavía hoy está extendida la falsa idea de su vulgaridad, cuando en realidad era todo lo contrario: “Es necesario preservar nuestra vida interior de todo con-

tacto con la vulgaridad”... “Cerradas están mis puertas a los hombres, a los libros vulgares; ni trato a los unos ni leo a los otros”... “La vulgaridad es una forma de la fealdad, y, está por completo, fuera y lejos del arte”... “Yo temo al contagio de la vulgaridad más que a todos los contagios; por eso soy un solitario”.

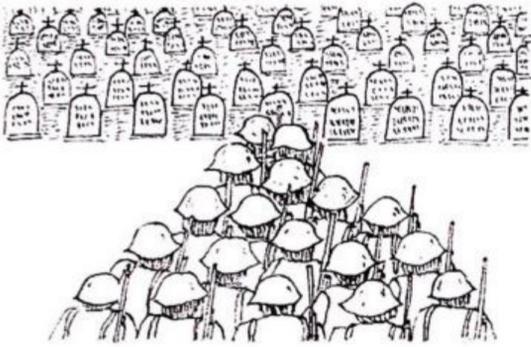


También se le ha presentado como un hombre inmovible y sin corazón ni entrañas, idea que quizá haya sido alimentada por el clero, al que tanto atacó. Sin embargo, es conmovedor su testimonio de la cercanía de la muerte, sus preguntas profundas sobre el destino del hombre y el propio deterioro, así como la soledad del hombre que en la vejez no tiene a nadie en el mundo. Se hace a sí mismo curas de silencios de meses de duración, llenas de pesimismo y desencanto; en 1910 escribe: “¿Cómo habrá un ser, que crea que puede hacer algo perdurable sobre la Tierra?”. Ya en sus últimos días confiesa: “Vivir es ya una gran desgracia; / pero sobrevivirse es la peor de las calamidades... / empiezo a saber algo de eso...”.

“Una certidumbre, una sola, y mi vida tendría objeto”, escribe en una solitaria entrada en 1917. Y en diciembre de 1921: “Llegar a descubrir que la Vida tiene un objeto sería el más bello objeto de una Vida”.

En la presente edición no se nos informa casi nada sobre la presencia de Ramón Palacio Viso, un gigante venezolano de voz aflautada que acompañó durante treinta y cinco años a Vargas Vila en calidad de secretario privado, y a quien el escritor adoptó como hijo e hizo heredero único y universal. Entre ridículos y solemnes se paseaban por las calles de Barcelona, aunque el lazareto terminara siendo el escritor,

pues Palacio fue perdiendo la vista gradualmente. Tras morir Vargas Vila, el hijo adoptivo vivió en Cuba, donde murió en la miseria en 1953, en el asilo de Santoventa. Hay, sin embargo, trozos de esta edición del *Diario* que resultan inexplicables para el lector inadvertido, pues nunca nos dicen nada de la enfermedad del hijo.



Vargas Vila escribía como un poseído. Muchas de las entradas del diario son para decir que está empezando o que ha terminado de escribir un libro como quien termina el desayuno: “Si a mí una página me costara veinte minutos de esfuerzo, o un libro veinte meses para escribirlo, no lo habría escrito nunca”, dice en un aparte, por cierto tampoco incluido en esta selección.

Pero lo que me parece más importante resaltar es la cantidad de pensamiento serio y de profundidad filosófica que campean a lo largo del diario. Su ironía sorprendente y amarga nos regala magistrales *remarques*, como cuando comenta, el 1 de noviembre de 1925, que han muerto un sabio (José Ingenieros) y un mimo (Max Linder) y que la prensa, por supuesto, dedica todo el espacio al mimo: “Aquél que hacía reír resulta ahora más interesante que el que hacía pensar”.

A veces, incluso, alcanza grandeza: “Conocer su misión y cumplirla: ser fiel a ella, fiel en el dolor y en la adversidad, sin salir nunca de ella, he ahí la única manera de cumplir una misión y de llenar una Vida”.

“Los hombres son incidentes insignificantes en mi Vida, donde las ideas han sido todo”, y agrega: “Mis libros han inspirado el Odio, la Admiración, el Elogio y el Dicterio; lo verdaderamente digno de inspirar

respeto, que ha sido mi Vida, eso nadie lo ha conocido...”.

No pocas son las frases dignas de recuerdo. Hago una brevísima antología:

“Sería muy triste nuestra condición de escritores si escribiéramos para el placer de los otros y no para nuestro propio placer”.

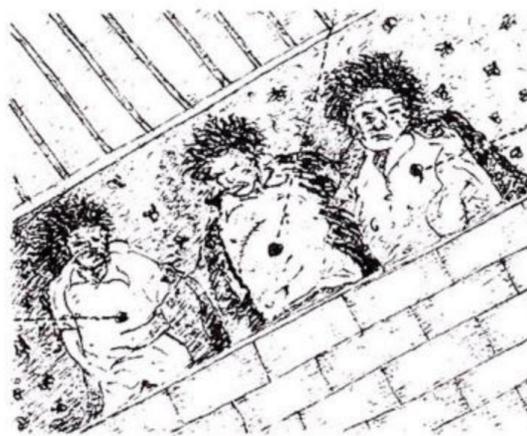
“Impregnarse del ambiente que los circuye es propio de los espíritus débiles, cuya porosidad adiposa los hace aptos para la absorción de todas las vulgaridades” (marzo de 1917).

“Ser el Dios de Sí Mismo, es la única manera de hacer tolerable a Dios, sin mengua y sin esclavitud” (agosto de 1918).

“Todo beso es un perjurio en ciernes; la Aurora de una Traición” (abril de 1930).

“Cuando una sociedad me fastidia, hablo inmediatamente de moral; quedo solo; no hay polvos insecticidas iguales a esa palabra”. (agosto de 1920).

“Una confesión de principios oculta casi siempre fines que no pueden confesarse”.



“¿Quién podría asegurarnos que una oruga en su pequeñez no cree haber creado el Sol? pero... nuestro Orgullo no nos permite creer que las orugas piensan”.

“No se tiene nunca sino su propio temperamento; es en vano ensayar otro”.

La lectura de Vargas Vila ha sido una de mis secretas y constantes vergüenzas, y he leído una buena cantidad de sus libros, más que nada impulsado por la obsesión de elaborar una antología de sus insultos, que son inmejorables.

Este es, sin duda, “el libro” de Vargas Vila, el que quedará para la posteridad. Puedo decir sin vacilación ninguna que el *Diario* es de lejos el mejor de los libros de Vargas Vila, y eso que los hay buenos, aunque no se crea, como *Los césares de la decadencia*. A mí no me cabe duda. A Vargas Vila tampoco: “A veces creo que este Diario es el libro que habrá de sobrevivirme”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Si tuviera comillas...

**Germán Arciniegas.**

**Cien años de vida para contar**

*Antonio Cacia Prada*

Universidad Central, Bogotá, 1999,  
2 vols.

¿Imagina el lector quién será el autor de la primera biografía póstuma de Germán Arciniegas o, por decir lo menos, del noventa y cinco por ciento de ella? Pues no se extrañe si le digo que es el propio Germán Arciniegas; y con prólogo inédito, por lo demás, y especialmente escrito para después de su muerte. En el prólogo, más o menos, explica por qué se murió —algún lamentable descuido— y pide excusas por haberse muerto y casi... que nos cuenta lo que se ha dedicado a hacer desde entonces y la multitud de planes que tiene en el cielo.

La primera frase es por demás de antología y lo retrata de cuerpo entero: “Cacia Prada, amigo mío si los tengo, ha cometido la humorada, que no es la primera, de mostrarme este libro póstumo”. De modo que si alguien desea incluirlo en el catálogo de las obras de Arciniegas, bien puede hacerlo con entera libertad y toda justicia. El historiador Antonio Cacia Prada se ha encargado de grabar la voz de su amigo y de tomar notas en largas sesiones en las últimas tardes quizá que vivió nuestro casi centenario escritor, y de orde-